

Corrientes documentales del siglo XVIII: El “Viage de España”, de Antonio Ponz

MATEO MACIÁ

Archivero-Bibliotecario
Cortes Generales (Madrid)

Las citas del “Viage de España” se hacen siempre por las últimas ediciones de cada uno de los tomos. El primer número corresponde al tomo, el segundo a la carta, el tercero al epígrafe y el último a la página o páginas. Las letras p. y n. corresponden, respectivamente, a prólogo y nota.

La obra del valenciano Antonio Ponz constituye sin duda una de las más completas realizaciones culturales de los “ilustrados” españoles del siglo XVIII. En el “Viage de España” se dan cita, en efecto, muchos de los temas que ocupaban a los hombres de la Ilustración durante el reinado de Carlos III, monarca que alentó y fomentó de manera inequívoca el triunfo de las “Luces” en España.

EDICIONES

Constituyen el “Viage”¹ 18 volúmenes en octavo, de más de 300 páginas cada uno, en los que el autor, que hace declaración de intenciones en muchos lugares de la obra, intenta básicamente recoger información directa sobre los monumentos artísticos —arquitectónicos y pictóricos— de España. Sin embargo, como también escribe en más de una ocasión, este único objetivo no hubiera bastado para darse tan grandes trabajos. Ponz incluye en consecuencia numerosos textos propios y ajenos sobre agricultura, economía, historia,

¹ PONZ, Antonio. *Viage de España*. Madrid: Ibarra, 1772-1793. 18 v. Se da una descripción más detallada de la obra más adelante en este mismo trabajo.

gustos artísticos, etc. En estas noticias y escritos, laterales al objetivo central de la obra pero que ocupan un espacio muy amplio en ella, es donde mejor se manifiesta su personalidad de “ilustrado”, de hombre preocupado por los problemas y corrientes culturales de su época.

Ponz no viajó por toda la península —la exhaustividad no era todavía elemento imprescindible de la guía viajera, como lo sería en el siglo XX— y algunas cartas de Jovellanos² al escritor cubren zonas de la región asturiano-leonesa que él no vistió. Como indica J. Dantín Cereceda: “en los diez y ocho volúmenes manuales de que se compone la obra de Ponz se relatan los diversos itinerarios del viajero, realizados en su mayoría —salvo los referentes al NE de la península— en el ámbito de la España seca y mediterránea. Explicación de que en el *Viage* aparezca permanentemente la nota de aridez —en más de un caso, extrema— del paisaje, que nuestro viajero pretende remediar con el arbitrio de la plantación de árboles... Ponz no nos dice nada de Galicia, Asturias, Santander y las Vascongadas, esto es, de la faja montuosa orientada al Atlántico y al Cantábrico.”³

En un rápido resumen, estos son los pueblos y ciudades por los que Ponz viajó y la descripción de cuyas riquezas artísticas constituye el núcleo de la obra:

- Tomo I: Madrid, Toledo, Aranjuez, Alcalá de Henares, Guadalajara, Huete.
- Tomo II: Madrid, Escorial, Guisando.
- Tomo III: Cuenca, Madrid, Arganda, Uclés, Huete, Requena, Valencia, Chelva.
- Tomo IV: Valencia, Segorbe, Murviedro, Játiva, Almansa.
- Tomo V: Madrid.
- Tomo VI: Madrid y sitios reales inmediatos.
- Tomo VII: Madrid, Talavera de la Reina, Guadalupe, Talavera la Vieja, Plasencia, Yuste, Trujillo, Medellín, Las Batuecas, Las Hurdes, Plasencia.
- Tomo VIII: Plasencia, Béjar, Coria, Oliva, Alcántara, Cáceres, Mérida, Montijo, Badajoz, Jerez de los Caballeros, Fregenal, Zafra, Cantillana, Santiponce, Triana.
- Tomo IX: Sevilla.
- Tomo X: Alcobendas, Torrelaguna, Buitrago, San Ildefonso, Segovia.

² JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Cartas a Ponz*. La Habana, 1847. También pueden consultarse en *Obras*. Madrid: Rivadereyna, 1859. Tomo II, p. 271-311 (Biblioteca de Autores Españoles, 47).

³ DANTÍN CERECEDA, J.: *España vista por Don Antonio Ponz*. Revista de Occidente (XXIV), 1925, pp. 331-358.

- Tomo XI: Cuéllar, Montemayor, Tudela, Valladolid, Palencia, Carrión de los Condes, Sahagún, León, Monzón, Aguilar de Campoo, Torquemada.
- Tomo XII: Burgos, Lerma, Aranda de Duero, Ampudia, Medina de Rioseco, Tordesillas, Medina del Campo, Salamanca, Alba de Tormes, Avila, Ciudad Rodrigo.
- Tomo XIII: Hita, Sigüenza, Medinaceli, Calatayud, Molina de Aragón, Teruel, Caudiel, Villareal, Castellón de la Plana, Torreblanca, Alcalá de Chisvert, Benicarló, Peñíscola, Uldecona, Tortosa, Tarragona.
- Tomo XIV: Barcelona, Mataró, Gerona, Montserrat, Martorell, Prena, Igualada, Solsona, Cervera, Lérida.
- Tomo XV: Zaragoza, Daroca.
- Tomo XVI: Aranjuez, Ocaña, Valdepeñas, Consuegra, Ciudad Real, Almagro, Linares, Baeza, Ubeda, Jaén, Arjona, Bailén, Córdoba.
- Tomo XVII: Córdoba, Ecija, Lucena, Carmona, Sevilla, Utrera, Jerez de la Frontera, Cádiz.
- Tomo XVIII: Cádiz, Chiclana, Puerto de Santa María, Medina Sidonia, Tarifa, Gibraltar, Ronda, Sanlúcar de Barrameda, Lebrija, Osuna, Antequera, Málaga, Alhama.

Estos 18 volúmenes alcanzaron un éxito considerable en su momento. Como ocurrió con las obras de otro importante ilustrado, Feijoo, se publicaron dos y hasta tres ediciones de algunos de los tomos, lo que nos da una tirada total nada despreciable para la época de unos 9.000 ejemplares. Este es en síntesis, de acuerdo con Casto María del Rivero ⁴, el cuadro general de ediciones de la obra en el siglo XVIII:

| EDICIONES | | | |
|-----------|-----------------|-----------------|-----------------|
| TOMOS | 1. ^a | 2. ^a | 3. ^a |
| I | 1772 | 1776 | 1787 |
| II | 1773 | 1777 | 1788 |
| III | 1774 | 1777 | 1789 |
| IV | 1774 | 1779 | 1789 |

⁴ PONZ, Antonio: *Viaje de España, seguido de los dos tomos del Viaje fuera de España*. Preparación, introducción e índices adicionales de C. M. del Rivero. Madrid: Aguilar, 1947.

| EDICIONES | | | |
|-----------|-----------------|-----------------|-----------------|
| TOMOS | 1. ^a | 2. ^a | 3. ^a |
| V | 1776 | 1782 | 1793 |
| VI | 1776 | 1782 | 1793 |
| VII | 1778 | 1784 | |
| VIII | 1778 | 1784 | |
| IX | 1780 | 1786 | |
| X | 1781 | 1787 | |
| XI | 1783 | 1787 | |
| XII | 1783 | 1788 | |
| XIII | 1785 | 1788 | |
| XIV | 1788 | | |
| XV | 1788 | | |
| XVI | 1791 | | |
| XVII | 1792 | | |
| XVIII | 1794 | | |

Ya en el siglo XX se han realizado dos nuevas ediciones del “Viage”: la de Castro María del Rivero (Madrid: Aguilar, 1947) que contiene los 18 volúmenes del “Viaje de España” y los dos del “Viaje fuera de España” además de una introducción y unos índices de personas, lugares y autores y obras citadas (esta edición se ha reimpresso por la misma editorial en 1988) y una facsimil también de los 20 volúmenes (Madrid: Atlas, 1973), que reproduce la última edición de cada uno de ellos sin comentario ni anotaciones.

ANTONIO PONZ (1725-1792)

Ponz había nacido en 1725 y murió en 1792, por lo que la mayor parte de su etapa creadora se sitúa bajo el reinado de Carlos III (1759-1788), sobre cuyo carácter renovador hay una unanimidad total entre los historiadores modernos. Juan Sempere y Guarinos, que no trata específicamente los temas económicos, hace un apretado resumen de los asuntos que abordó la monarquía carolina.

“Apenas vino S.M. a España, cuando ya dio a conocer su alta penetración, y exquisito juicio, así en la elección de los sujetos, que le habían de servir en el Ministerio, como en la protección, y favor dispensado a los útiles proyectos concebidos en tiempo de su difunto hermano, y a los muchos que empezaron a brotar desde su entrada. No hablaré de la gracia concedida a tantos pueblos de los atrasos, y alcances en las contribuciones reales, de la extinción de la tasa de granos, del correo marítimo, de la franquicia concedida a muchos puertos, de los caminos reales, de los canales de riego, y navegación, de la población de Sierra Morena, de la mejor disciplina de las Tropas, nueva fundición de cañones, y construcción de navios, aumento de prest. a los soldados, y de salario a los Ministerios, de las viudedades, de la limpieza de Madrid, adorno de sus paseos, y magnificencia de los nuevos edificios de dentro y fuera de la Corte, de la fundación de la Academia de San Carlos, de muchísimas pensiones concedidas a toda clase de Profesores, de los viajes hechos a sus expensas a Roma, París, Londres, y Alemania, para la mayor perfección de las artes, de la libertad, y ventajas concedidas a los Extranjeros de mérito para venir a establecerse hasta en lo más interior de nuestra península, y de otros infinitos establecimientos, y providencias, que eternizarían la memoria de tan benéfico Rey.”⁵

Para Richard Herr⁶, los españoles nacidos en la mitad del siglo vivieron un momento decisivo de la historia de España. Vieron la expulsión de los jesuitas y las primeras derrotas de los ultramontanos. Gozaron de los años de esplendor económico y esperanzas reformistas comprendidos entre 1770 y 1790. Asistieron a la consolidación de la unidad nacional que había costado mil años construir. Se mantuvieron unidos en torno a la religión católica, que impidió el éxito de los extremistas y fortaleció la unidad nacional. Presenciaron el fin del aislamiento cultural de España. Y por último, estuvieron junto a la figura del Rey, a diferencia de Francia, donde la ruptura pueblo/corona haría posible la Revolución.

Como ha señalado Jean Sarrailh⁷ los reformadores, los ilustrados, eran una minoría rodeada de una mayoría si no hostil, indiferente. Conscientes de la debilidad de su país se proponían “europeizarlo”, incorporarlo al movimiento del “despotismo ilustrado”: “...la minoría selecta española no sigue aferrada a un nacionalismo estrecho y a un quisquilloso narcisismo. Sabe que

⁵ SEMPERE Y GUARINOS, Juan: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*. Madrid: Imprenta Real, 1785-1789. 6 v. en 3 t.

⁶ HERR, Richard. *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid: Aguilar, 1964, 417 p., (ed. original: 1960).

⁷ SARRAILH, Jean: *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Madrid: FCE, 1957, 784 p., (ed. original: 1954).

ya han pasado los tiempos de la hegemonía indisputada de su país sobre el resto de Europa. Sabe que el siglo XVII vio a España replegada sobre sí misma y llevando una vida tan aletargada que Cadalso pudo escribir que a la muerte de Carlos II no era más que “el esqueleto de un gigante”. En el siglo XVIII España no es la que crea ni la que dirige la gran experiencia civilizadora, cuya fuente está en Londres, y luego en París. Pero quienes la arrastran hacia un destino mejor —o que lo estiman así— sienten la necesidad de incorporarla al movimiento del “despotismo ilustrado” y enseñarle cómo abrirse a la corriente europea” (p. 116). Como características esenciales de esta minoría, a la que pertenece Ponz, pueden señalarse el europeísmo profundo, el revolucionarismo atemperado, la curiosidad interdisciplinar, el retorno a algunas de las ideas artísticas del Renacimiento y la sensación de aislamiento. Sarrailh cita en este sentido a Antonio Ponz: “Pero esta minoría selecta vale mucho más por la calidad que por el número. Cuando uno de sus amigos aconseja a Antonio Ponz que publique sus escritos para reformar el mal gusto que reina en España, el gran viajero responde con humor: “¿Piensa usted que por lo que nosotros podamos decir se remediaría tanto mal? Contra un ejército de japones no bastaría una compañía de prusianos. Era necesario oponerle un competente número de soldados que, bien unidos y armados, les hicieran resistencia, los vencieran y destruyesen” (p. 121).

EL “VIAGE DE ESPAÑA”

En este ambiente de reforma se mueve Antonio Ponz. Todos los temas que enumera Sempere y Guarinos son tratados en el “Viage”, quizá con la excepción de los militares. Ponz participa del doble espíritu —crítico y reformador— de la Ilustración y se esfuerza en el conocimiento de España con la intención de transformarla. Pero la crítica, como ha señalado Domínguez Ortiz ⁸ no impide la apología.

El “Viage” y su autor han sido estudiados en parte —sobre todo con motivo del bicentenario del nacimiento de Ponz en 1925— por Sánchez Cantón, J. Dantín Cereceda y F. Morales de Setién. Pero el texto ofrece tal riqueza de datos y actitudes que resulta difícil abordar el estudio de la obra en su totalidad.

Casto María del Rivero señala en la introducción a su edición de la obra que “el Viage de Ponz constituye uno de los más valiosos elementos para el conocimiento del estado de España bajo el cetro de Carlos III, bien merecedor del dictado de Padre de la Patria, que se le atribuye, y son muchos los temas históricos, artísticos, sociales y económicos que suscita; no obstante esto, el único de que tenemos noticia haberse publicado es el de Justino Matute:

⁸ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Barcelona: Ariel, 1976, 532 p.

“Adiciones al tomo IX de Ponz”, en *Archivo Hispalense* (1886). Las anotaciones al texto (se refiere a su edición) nos hubieran llevado demasiado lejos, siendo preferible realizarlas en forma de trabajos monográficos” (p. XXXIX). Sin embargo, desde la fecha de esta edición (1947) pocas obras sobre el *Viaje* han visto la luz. Con carácter específico, sólo dos: el artículo de Geoffrey Ribbans ⁹ en *Revista Valenciana de Filología* (1957), que estudia las relaciones entre Ponz y los viajeros extranjeros de su época a partir del prólogo al tomo II del *Viaje fuera de España* y el de Joaquín de la Puente ¹⁰, publicado en 1968 y que constituye, según Iris M. Zavala ¹¹, “una útil síntesis de los 18 volúmenes publicados”. Abundando en la opinión de Casto María del Rivero, esta autora señala en el artículo citado: “Si bien todo entusiasta del XVIII está (sic) consciente de la importancia de los viajes y viajeros, a los cuales se ha recurrido con cierta frecuencia, faltan trabajos en esta dirección” (p. 353). El importante libro de Elena Fernández Herr, *Les Origines de l'Espagne Romantique*, ¹² estudia, aunque de manera lateral, la influencia de Ponz en Francia.

Al margen de estos trabajos dedicados más o menos específicamente a Ponz, las obras de carácter general publicadas durante los últimos treinta años (Sarrailh, Herr, Domínguez Ortiz, Gonzalo Anes) y que en tan gran medida han cambiado nuestra visión del siglo XVIII conocen y citan el *Viaje*. Dos trabajos dedicados a los viajeros españoles de la Ilustración, el de Gaspar Gómez de la Serna y el de Edith F. Helman, profundizan en la cuestión.

Para Edith F. Helman ¹³, “Ponz no era ajeno a la pasión anticuaria de la época, pero siempre la dominaba (...) siempre juzga de acuerdo con la norma práctica y progresista vigente, en sus numerosas observaciones sobre la vinculación de la tierras, la falta de cultivos, la despoblación, la necesidad de caminos y puentes y árboles...”

Frente al afán por hallar y clasificar nuevos documentos para la historia de España que Ponz comparte con algunos contemporáneos muestra un enorme desdén por las historias —principalmente locales— a su alcance. Gómez de la Serna ¹⁴, que clasifica a Ponz como el más famoso entre los viajeros “artísticos” del siglo, anota un hecho importante: “de los viajeros generales, dice, es Ponz casi el único que acude a la anotación histórica como simple precedente

⁹ RIBBANS, Geoffrey: *Antonio Ponz y los viajeros extranjeros de su tiempo*. Revista Valenciana de Filología (V), 1958, pp. 63-89.

¹⁰ PUENTE, Joaquín de la: *La visión de la realidad española en los viajes de Don Antonio Ponz*. Madrid: Moneda y Crédito, 1968, 318 p.

¹¹ ZAVALA, Iris M.: *Hacia un mejor conocimiento del siglo XVIII español*. Nueva Revista de Filología Hispánica (XX), 1971, pp. 343-369.

¹² FERNÁNDEZ HERR, Elena: *Les origines de l'Espagne romantique: les récits de voyage 1755-1823*. París: Didier, 1973, 366 p., (Etudes de littérature étrangère et comparée).

¹³ HELMAN, Edith F.: *Viajes de españoles por la España del siglo XVIII*. Nueva Revista de Filología Hispánica (VII), 1953, pp. 618-629.

¹⁴ GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar: *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid: Alianza, 1974, 183 p., (El Libro de Bolsillo, 489).

de la descripción inventarial y crítica de lo que ven sus ojos” (p. 87). Esta actitud de Ponz obedece no a un desprecio por la historia —inexplicable por otra parte en un tan cuidadoso historiador del arte como el mismo era— sino a la prevención y el sentido crítico de nuestro escritor ante las historias locales que tenía a mano.

Ponz era consciente de las limitaciones de la historiografía publicada durante los siglos XVI y XVII —fundamentalmente éste último— y en este aspecto enlaza con los trabajos de Mayáns y otros autores —sobre todo los académicos de la Historia— encaminados hacia la reconstrucción de la “verdadera” historia nacional. El autor del *Viage*, con actitud también muy característica de su siglo, prefiere siempre el dato aportado por cualquier lápida o archivo al que pueda encontrar en los libros publicados. Sólo ante ciertos autores —de época determinada y con un aparato crítico preciso— baja su guardia censora.

Antes de abordar este y otros aspectos de nuestro autor vamos a señalar algunas de las características que hacen de él uno de los mejores ejemplos de lo que llamamos “ilustrados” españoles, aspecto de su personalidad que quizá no ha sido suficientemente puesto de relieve en los trabajos sobre el escritor, realizados en su mayoría por especialistas en historia del Arte. Esta presentación de un Ponz intemporal, que habla de “los males eternos de España”, tan ajena a su espíritu, se hace particularmente evidente en el libro de Joaquín de la Puente “Visión de la realidad española en la obra de Antonio Ponz”.

PONZ, ILUSTRADO

Ponz era un hombre profundamente implicado en los problemas de su tiempo, lector habitual de las “Gazetas” europeas, que eligió como campo de actividad la historia del arte, pero en cuya obra aparecen de manera continua referencias a los problemas culturales y económicos de España y Europa en el siglo XVIII.

Todas las biografías de Ponz están basadas en la que escribiera su sobrino José Ponz Nepós al comienzo del tomo XVIII del *Viage*. La introducción de Xavier de Salas a la *Biografía Pictórica, Valentina* de Marcos Antonio de Orellana¹⁵, aclara suficientemente los aspectos y las razones por las que la versión de este autor difiere de todas las demás. Aparte de la publicación de sus cartas particulares¹⁶ poco se ha avanzado en el conocimiento de su biografía —y poco queda por aclarar en verdad— a partir de la publicación del tomo XVIII del *Viage*.

¹⁵ ORELLANA, Marcos Antonio de: *Bibliografía Pictórica Valentina*. Ed. preparada por Xavier de Salas. Madrid, 1930 (en “Fuentes Literarias para la Historia del Arte Español”).

¹⁶ Véase en este sentido PONS (sic), Antonio: *Epistolario Artístico Valenciano*. Archivo de Arte Valenciano, núms. 1, 3 y 4 (año I) y núms. 1 y 3 (año II), Valencia, 1915-1916 y *D. Antonio Ponz y la Academia de San Fernando*. Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, núm. IV, 1924, pp. 241-531.

Ponz había nacido en 1725 y murió en 1792, por lo que la mayor parte de su etapa creadora, como mencionamos al comienzo de este trabajo, se sitúa bajo el reinado de Carlos III (1759-1788). Se había formado en Valencia y en Roma, donde residió varios años y mantuvo contactos, entre otros, con José Nicolás de Azara¹⁷, hombre importante entre los “ilustrados”. En España realizó algunas misiones oficiales hasta que inició los trabajos del *Viage* (primer volumen publicado en 1772) que le ocuparían hasta su muerte. Se ha especulado sobre si el *Viage* lo realizó con ayuda del Gobierno del Rey, pues, aunque él lo niega de alguna manera en su obra¹⁸ resulta evidente a la luz de las cartas privadas¹⁹ que sí estaba subvencionado. Al negarlo, lo único que intenta es defender públicamente su independencia de criterio, al tiempo que protege a los que le ayudan de los ataques de sus propios enemigos.

Ponz responde casi perfectamente al arquetipo del “ilustrado”: se trata de un hombre de clase media —“de padres hacendados y ricos: fuéronlo don Alexandro Ponz y doña Victoriana Piquer, que por su arreglada conducta conservaron siempre gran reputación entre sus conciudadanos”, según escribe su sobrino (t. XVIII, *Vida...*, p. XXV)— educado fuera de España —los años en Roma son los decisivos en su formación clásica, como recuerda a veces en el mismo *Viage*— y que dedica su vida a una obra intelectual y política —en el sentido más amplio de la palabra— auspiciada por el Gobierno.

Ponz tiene conciencia del fracaso del proyecto histórico español fraguado a partir del descubrimiento de América. Su antiimperialismo es palmario:

“¿Qué han de esperar aquéllos pueblos, y naciones, que hayan imitado a los Romanos en no hacer caso de los mayores peligros, buscando plata, y oro, y las demás causas del sumo mal, si con el tiempo no vuelven sobre sí, y los imitan, como cuando era su primer cuidado el cultivo de los campos, el honrarse, y honrar a los demás con este ejercicio, por el cual se caminaba derechamente a las mayores dignidades de la República?”
(II, 7.^a, 7, 254-5)

Su desprecio por el oro como fuente de riqueza —criterio común en la época— también. Los males de España, según Ponz, sólo pueden resolverse a partir de la propia península. Sus excursos sobre los árboles (su falta es una de las

¹⁷ Sobre José Nicolás de Azara puede verse GIL NOVALES, Alberto: *Las pequeñas atlántidas: decadencia y regeneración intelectual de España en los siglos XVIII y XIX*. Barcelona: Seix Barral, 1959, 208 p., véase sobre todo pp. 52-67.

¹⁸ “... su *Viage* no lo emprendió por orden de la Corte, o del Gobierno, ni para refutar al P. Norberto Caimo (...) La Corte, ni el Gobierno no se mezclaron en esta empresa que el Autor tomó a su cargo espontáneamente” (“Advertencia” que antecede al tomo I).

¹⁹ Ponz obtuvo del Rey la prestamera de Cuerva (Toledo) y el 1 de septiembre de 1776 fue nombrado Secretario de la Real Academia de San Fernando.

constantes del *Viage*), la lana, etc., a veces más propios de un arbitrista que de un economista dieciochesco, están encaminados al restablecimiento de la economía española siempre a partir de los recursos peninsulares y el libre comercio entre los pueblos de España y América. Todo este proceso de cambio habría de estar presidido e impulsado, en opinión del autor, por la institución monárquica y la Iglesia.

El “*Viage de España*” toma como pretexto la publicación en Italia del viaje por España del abate italiano Norberto Caimo durante los años 1755-1756 ²⁰. Aunque paradójicamente, según afirma Joaquín de la Puente, “quizá fuese el extranjero que por entonces mejor trató a los españoles”. Ponz se propone rebatir su obra al tiempo que señala los defectos de los numerosos “viajes” por España publicados por autores extranjeros:

“Quando los Extranjeros tachan con razón nuestros vicios, nos echan en cara los abusos, la decadencia de las Artes, la de las Letras, y las muchas preocupaciones de que se abunda, crea V. que tan lejos estoy de que se me encienda la sangre, como creo que sucede á otros, que antes al contrario me complazco infinitamente, considerando ser éste un eficazísimo despertador, para hacernos entrar en cuenta, y aun para armarnos en manera, que no digo igualar, sino que también se pueda superar a las Naciones mas adelantadas, siendo la nuestra, como las mismas confiesan, abundante de ingenios para cualquiera cosa por ardua, y difícil que sea. Si todavía no se oye bien el ruido de estos golpes, esperanza en Dios, que no siempre se ha de dormir. No llevo con tanta paz los caramillos que nos levantan a cada paso, que sería largo de referir, y algunas mentiras, que propagadas después por medio de impresos, sirven de rebaxar, ó quitar la gloria de la Nación, y de sus hijos: v. g. lo del Luisillo del Tuano que sabe V. hablando de la fábrica del Escorial; esto del Navagero y millares de especies semejantes, que se hallan sembradas en libros antiguos, y modernos, contra los cuales nadie reclama; porque, acaso los que podían ocupar en esto su habilidad, la emplean en escribir otras cosas de poca, ó de ninguna importancia, y nada cuidan de las vanderillas, que injustamente se ponen a su patria. Un Geógrafo moderno (lo creará V.?) divide á España en tres Gobiernos, ó señoríos; es a saber, de Castilla, de Portugal, y el Eclesiástico, que pone en Toledo en calidad de independiente: esto y otras tales cosas se escriben, y las leemos sin chistar”. (I, I, 25-26, 22)

²⁰ CAIMO, Norberto: *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico*. Puede verse en castellano en GARCÍA MERCADAL, Fernando: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid: Aguilar, 1962. Tomo III, pp. 381-478.

El espíritu que se desprende de los párrafos anteriores es verdaderamente el espíritu de Antonio Ponz: por una parte, crítico hacia las realidades de su propio país y, por otra, beligerante frente a las inexactitudes y los tópicos que vertían los viajeros extranjeros sobre España.

Gaspar Gómez de la Serna ha señalado en *Los Viajeros de la Ilustración* algunas características del viaje “ilustrado”. Se trata, en primer lugar, de empeños presididos por el reformismo pedagógico, que buscan la transformación de las artes, la enseñanza, la agricultura o la industria. Son, además obras en las que predomina la conciencia de la realidad, aunque tengan carácter literario. Son obras críticas y a la vez “politizadas”, que buscan la moralización nacional “desde dentro”. Están, por último, dominadas por un prosaísmo cientifista, huyen del artificio retórico. En relación a nuestro autor, ya señaló Menéndez y Pelayo: “el estilo de Ponz es rudo y desaliñado: la forma de sus cartas indigesta” (citado por Gómez de la Serna, p. 99).

Gómez de la Serna procede también a una clasificación de los viajes del XVIII. Había viajes *económicos*, realizados por comisionados oficiales, como el de Bernardo Ward ²¹. Viajes *científico-naturalistas* entre los que destacan los de Sarmiento y Cavanilles ²². Viajes *artísticos*. El más conocido es el de Antonio Ponz, pero también se incluyen en este apartado los de Vargas Ponce, Isidoro Bosarte y José Ortiz, este último publicado en 1807, pero con mentalidad dieciochesca todavía ²³. Están también los viajes *histórico-arqueológicos*, como el del Marqués de Valdeflores ²⁴ y los que Gómez de la Serna llama viajes *literario-sociológicos*, apartado en el que caben muchos de los publicados y entre ellos el de Antonio Ponz.

Ponz, al margen de su objetivo primordial, que es la descripción artística, se ocupa con frecuencia de lo que hoy llamamos “historias locales”. Se trata de aquellas obras dedicadas a narrar y ensalzar las grandezas de un pueblo determinado. Son obras —hoy todavía en muchos casos, pero sobre todo entonces— que carecen de tono crítico, y que con tal de conseguir su objetivo laudatorio echan mano de cualquier material a su alcance. Ponz está siempre alerta frente a estos libros y prefiere el documento original o el dato ofrecido por una lápida o un resto arqueológico a las elaboraciones librescas de los siglos XVI y

²¹ WARD, Bernardo: *Proyecto económico...* Madrid: Ibarra, 1779.

²² CAVANILLES, Antonio Joseph: *Observaciones sobre la historia natural...* Madrid: Imprenta Real, 1795-1797, 2 v.

SARMIENTO, Fr. Martín: *Viaje a Galicia, 1745*, Ed. y estudio por J. L. Pensado. Pontevedra: Museo de Pontevedra, 1975, 217 p.

²³ VARGAS PONCE, José: *Viaje por Cartagena, Sevilla, Tarragona y Murcia (1779) y Descripción de las Islas Pithiusas y Baleares (1787)*.

BOSARTE, Isidoro: *Viaje artístico...* Madrid: Imprenta Real, 1804.

ORTIZ, José: *Viaje arquitectónico-anticuario de España, 1807*.

²⁴ VELÁZQUEZ, Luis José, Marqués de Valdeflores: *Noticia del viaje de España*. Madrid: Imprenta Real, 1765.

XVII. Es en este sentido en el que representa más genuinamente a una de las corrientes documentales del siglo XVIII en nuestro país.

Ponz no se considera historiador. Quiere señalar fundamentalmente el estado contemporáneo del país, pero remite a libros de las ciudades por donde pasa y con frecuencia los critica de manera genérica:

“El que quiera saber más por extenso otras particularidades de Alcalá puede ver al Doctor Portilla y Esquivel, que escribió su historia en dos tomos; de la qual me dixo cierto Clérigo, que no parecía de mal olfato, que estaban bravamente contrapesadas en ella las verdades con las mentiras sacadas de los falsos Cronicones; y no fue mucho mejor el elogio que me hizo tocante a las vegeces de Alcalá de D. Miguel Moez Cano en su Alegación por la Magistral, dónde también puso su trabajo D. Francisco Porres, Canónigo de la misma, y los imprimieron en 1672; pero yo no quiero hacer ahora de Censor de Libros, y valga por lo que valiese el parecer del Clérigo.” (I, 7.^a, 27, 322-3)
 “Si se tratase de una relación histórica de Madrid, y de la Antigüedad que se le da en diferentes libros, sería necesario divagar por algunas ficciones, y obscuridades, y al fin quedarse sólo en ellas, pues ni nuestra edad se complace de grandezas fabulosas, ni el asunto de esta Obra lo pide. Que sea Madrid la que en otro tiempo se llamó Mantua Carpetana: que viniesen sus fundadores de Grecia, o del Lacio, y que exceda en antigüedad a Roma, lo podrán decir muchos; pero rezelo que lo crecerán pocos...” (V, P, 1, 1)

“Nosotros, como nuestros antepasados, nos hemos cuidado poquísimo de ostentar lo que tenemos de importancia, habiendo sido a veces muy diligentes los escritores de pueblos, y ciudades en referir menudencias de poca entidad, y que algunas hubieran hecho mejor en dexarlas de escribir.” (VIII, 2.^a, 10, 66)

“Nuestras Historias, y Crónicas están llenas de fundaciones, conquistas, y hazañas de Hércules. Muchos de sus Escritores son dignos de la mayor veneración, y a un Viagero no le toca el distraerse en orígenes tan remotos, sino muy de paso, y mas siendo su propósito hablar del estado actual de las cosas, alabando las que sean dignas de elogio, y vituperando las que de un modo, u otro causan deshonor a la Nación, y la encaminan siempre al desacierto.” (X, 8.^a, 52, 258)

En líneas generales, podemos decir que Ponz es consciente de las falsedades que contienen gran parte de los libros que maneja pero no los ataca frontalmente, sino que sugiere nuevas líneas de actuación. Se hace necesaria una nueva historiografía local porque la falta de crónicas verdaderas impide el conocimiento de artistas, monumentos, etc., y alimenta las falsedades que se contienen en algunos “viajes” de extranjeros por España. Como señala Godoy

Alcántara en su *Historia crítica de los falsos cronicones* ²⁵, “donde han encontrado un refugio los cronicones, del que será difícil desalojarlos, es en las historias de ciudades, debidas casi todas á su aparición, servicio indudable y único que prestaron, porque los autores, ó ignoran su procedencia, ó toman las noticias de otros que no citan las fuentes, ó no se resuelven a sacrificar lo que, despojando de interés á su obra y reduciéndola á pequeño espacio, la haría impopular.” (p. 331)

La actitud de Ponz es la de un “ilustrado” y su opinión cambia por tanto al enjuiciar la obra de autores como Feijoo:

“Fuí siguiendo, en que me explicase por qué causa estaba tan indignado con la expresada obra (de Feijoo), y al cabo le pude sacar entre otras sandeces que dixo, que porque era totalmente un trabajo para gente popular, é ignorante. ¿Pues quién le ha dicho a V. (le repliqué a sus ultimas palabras) que no es el mayor mérito de un escritor el trabajar para la instrucción del pueblo, y del ignorante? ¿Y que no sea este el más honesto fin que se puede proponer, el mas útil, y por último digno de reputarse entre las obras de caridad, como lo es? Y si no, dígame V. que será mejor ¿el dar limosna a un opulento, el regalar con manjares a un harto, o el socorrer a un infeliz, a un consumido de la necesidad? Pues no hallo yo sino grandísima confrontación entre estas obras corporales de misericordia, y las obras que se dirigen a la enseñanza, e instrucción del espíritu, y si con estas se alcanza el sacar a millones de gentes de preocupaciones, y de grandes errores, en que se hallaban metidas, no se si le diga a V. que son por sus buenos efectos las que sobre todas se deben apreciar.” (III, IX, E. 8, p. 214)

BIBLIOTECAS E IMPRENTA EN EL “VIAGE DE ESPAÑA”

El “Viage de España” no tiene como objetivo primordial, según hemos visto, la recopilación de datos sobre archivos, bibliotecas o imprenta, sino la recogida de noticias artísticas. Sin embargo, Ponz, como hombre preocupado por los aspectos históricos y culturales en general, da informaciones diversas sobre las bibliotecas de los distintos lugares que visita. No son noticias muy precisas, como lo son otras de arquitectura o pintura, pero sí dan una idea general de cuál era la situación y los conocimientos de estas materias en la segunda mitad del siglo XVIII. Se trata de un momento de verdadero renacer de la imprenta hispana, dominado por las figuras de Joaquín Ibarra (1725-1785), Antonio de Sancha (1720-1790?) y Benito Monfort (1716-1785).

²⁵ GODOY ALCÁNTARA, José: *Historia crítica de los falsos cronicones*. Madrid: Rivadereyna, 1868, 343 p.

Ponz hace especial hincapié en los avances de la imprenta en nuestro país, llevado por su afán de contrarrestar las noticias de autores extranjeros y presentar una imagen “ilustrada” de España.

La primera referencia a estas materias se encuentra en la primera carta del tomo I, dedicado a Toledo. En ella (p. 43-44) Ponz nos hace saber que el arzobispo (luego cardenal) Francisco Lorenzana adquirió en 1775 la librería de don Francisco Santiago Palomares, “escribano de primeros remates en la Contaduría de Rentas Decimales”. El dato se encuentra en una nota a pie de página de la tercera edición —la primera es de 1772— y también nos dice Ponz que Lorenzana ya había establecido su “Biblioteca Pública” en la ciudad. En una nota posterior (p. 117) señala que el arzobispo ha costeado una edición del Breviario Mozárabe.

Se trata, en efecto, de la Biblioteca Pública fundada por Real Cédula de 1771 en Toledo para recoger los fondos de los colegios y casas de jesuitas ²⁶ y que fue impulsada por el cardenal Francisco Antonio de Lorenzana durante su etapa como arzobispo de Toledo. Lorenzana fue además arzobispo de México, inquisidor general y embajador en Roma. La biblioteca se abrió efectivamente en 1775 bajo la dirección del bibliotecario Pedro Manuel Hernández. Los fondos que la componían se encuentran actualmente en la Biblioteca Pública de Toledo (Paseo del Miradero, 4), incrementados por los que donó el sucesor de Lorenzana y también cardenal Luis María de Borbón. Hipólito Escolar recoge en su “Historia de las Bibliotecas” (p. 360) la incorporación de la colección de los “calígrafos” Palomares, padre e hijo, a esta colección Borbón-Lorenzana, tratándose sin duda de la misma persona a la que se refiere Ponz.

Ponz da una explicación más detallada de la biblioteca en otra parte de este mismo primer tomo:

“...después de haber ampliado casi otro tanto de lo que era antes, el palacio Arzobispal, ha establecido en él Biblioteca pública, con la particularidad de que en menos de un año se dispusieron las piezas destinadas, se hicieron y dieron de color los estantes, se coordinaron mas de seis mil cuerpos de libros, entresacados de una multitud que el Rey destinó y estaban en Bibliotecas de los Jesuitas, y se colocaron, franqueándola al público en Noviembre de 1773.

Al presente se halla aumentada con mas de seis mil libros, que la generosidad del Señor Arzobispo ha ido agregando, de suerte que se reputa de trece mil volúmenes, en que se encuentran colecciones de Biblias, Concilios, Santos Padres, Autores Eclesiásticos, y profanos de las mejores ediciones antiguas, y modernas, que se van juntando, con una

²⁶ ESCOLAR SOBRINO, Hipólito: *Historia de las Bibliotecas*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1985, 571 p.

estimable porción de m. s. é impresos, pertenecientes á la América: otra de Autores Toledanos qué tratan de la Ciudad, y de la Iglesia; una colección entera de Sinodales Españolas con algunas Portuguesas, Francesas, é Italianas, y una considerable cantidad de traducciones castellanas, de latín, y griego hechas en los tres siglos anteriores. En la Biblioteca de D. Nicolas Antonio falta la noticia de muchos de estos libros.” (I, 3.^a, 10, 127-128)

Esta biblioteca fue trasladada en 1919 del Palacio Arzobispal a su emplazamiento actual en el Hospital de Santa Cruz. En conjunto, la Biblioteca Pública Provincial de Toledo tiene un total de 176.495 libros y 1.099 manuscritos según el Directorio de Bibliotecas Españolas ²⁷.

En la Carta Segunda de este mismo primer tomo dedicado a Toledo Ponz menciona también la biblioteca (“librería” en el lenguaje de la época) de la Catedral

“...justamente celebrada, como V. no ignora, consistiendo en más de setecientos manuscritos lo más apreciable que tiene, y entre ellos los hay rarísimos de nuestras Leyes antiguas; de Misales, Biblias, y demás materias sagradas, y profanas. Ya sé que V. tiene listas de lo mejor que hay, y particularmente me acuerdo de las justas alabanzas que en cierta ocasión le oí de la célebre Biblia Gótica, que aquí se conserva. Algunos de estos libros son también de sumo precio por el exquisito trabajo material de la letra, pinturas y otras labores maravillosas, que causan admiración al considerarlos.” (I, 2.^a, 94, 117-118)

A continuación dedica algunas consideraciones a la Biblia latina manuscrita en vitela de la biblioteca catedralicia. El texto tenía algunas glosas en francés, por lo que se creía que era donativo de San Luis, Rey de Francia. Sin embargo, Ponz cree distinguir en los broches de cierre “armas episcopales con su capelo encima” por lo que piensa que pudo ser donada por San Luis, Obispo de Tortosa. A continuación, Ponz con su característico punto de vista documental, reproduce el original de la Carta en latín con la que el primero de estos santos acompañó sus regalos y hace notar que no se menciona en ella para nada la Biblia manuscrita, por lo que se manifiesta partidario de la segunda atribución. Termina escribiendo, dirigiéndose a su supuesto interlocutor como en otras muchas ocasiones, que “sería menester que V. viese estas cosas para formar cabal idea” (I, 2.^a, 97, 120).

En la Carta Tercera del primer tomo se encuentra también una alusión a una biblioteca particular, la del canónigo Felipe Vallejo (I, 3.^a, 14, 130). En la Carta Quinta de este mismo tomo se hace mención de las excavaciones de Pompeya y Herculano, impulsadas por el futuro Carlos III de España, y que

²⁷ *Directorio de Bibliotecas Españolas*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1988, 529 p.

tuvieron una repercusión tan grande en el siglo XVIII²⁸. Ponz, que alude frecuentemente a las reproducciones de pinturas en grabados, recoge en este caso una mención al “Museo Herculanense”, la colección de grabados de los objetos arqueológicos que ordenó estampar y se publicó bajo los auspicios del Rey. Nuestro autor defiende la realización de excavaciones en España — a semejanza de Italia, donde constituyen en sus palabras “una especie de fanatismo”— para descubrir las “fábricas antiguas”.

En esta misma carta cita las cañas de las orillas del Tajo, que según su ocasional interlocutor “creía no haber sido menos estimadas en Roma, que los Cálamos del Egipto” (I, 5.^a, 17, 218). A este propósito reproduce un epigrama de Marcial del libro décimo a su amigo Mario, que había sido pretor en España.

“Nos Celtas, Macer, & Truces Iberos,
Cum desiderio tui petemus,
Sed quodcumque tamen feretur, illic
Piscosi calamo Taji notata
Macrum, pagina nostra a nominavit.”

Más adelante menciona la disertación que Francisco Pérez Bayer escribió sobre las inscripciones de la sinagoga de Santa María la Blanca titulada “De templo toletano”. Pérez Bayer, valenciano como Antonio Ponz, era Arcediano mayor de Valencia y sería luego Bibliotecario Mayor de la Biblioteca Real, entre los años 1783 y 1793. Escribió también, además de otras muchas obras, un estudio sobre el alfabeto y lengua de los fenicios (1772).

En Aranjuez cita el plano general topográfico levantado por el capitán de Ingenieros don Domingo de Aguirre, así como las vistas: “el plano en diez y seis pliegos, y las vistas en ocho; y todo se está grabando para darlo al público” (I, 5.^a, 40, 241). También menciona a Juan de Iriarte “Bibliotecario de S. M.” (I, 5.^a, 64, 257).

En una nota a pie de página de la Carta Sexta se da una nota biográfica sucinta del Cardenal Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, sin olvidar mencionar la “Biblia Complutense” y el “Rezo Mozárabe”. En la Iglesia de la Universidad de Alcalá de Henares busca las lápidas de los eruditos que Cisneros llevó allí para preparar la edición de la “Políglota”, sin encontrar la de Antonio de Nebrija. De la Biblioteca del Colegio y Universidad habla de pasada. Se limita a señalar que su interlocutor posee sin duda mejores noticias de las que él puede darle.

A propósito de la “Biblia Políglota” el “Vago italiano”, autor de la obra que Ponz va a contrarrestar con su “Viage”, hace alguna acusación insolente que nuestro autor contesta. Ponz es consciente de la crisis de la Universidad espa-

²⁸ CALATRAVA ESCOBAR, Juan Antonio: El descubrimiento de *Pompeya y Herculano* y sus repercusiones en la cultura ilustrada. Fragmentos (núms. 12-13-14), junio 1988, pp. 81-93.

ñola que ha llevado a “hacer de los patios de las Universidades unos verdaderos recintos de confusión, en donde todos gritan, y nadie se entiende” (I, 6.ª, 49, 297). Sin embargo “por las actuales disposiciones, y providencias del Consejo Supremo de Castilla se debe esperar que florezcan las Universidades del Reyno, desterrando de ellas lo que no es de provecho, y estableciendo el mejor método y enseñanza” (nota p. 297). A la situación de su época contraponen la de la época del Cardenal, mencionado a los colaboradores de la Biblia Políglota Complutense:

“Fueron llamados para el Griego, y Latín Antonio de Nebrija, Diego López de Zúñiga, Juan de Vergara, Demetrio Ducas, Cretense: para el Hebreo, y demás lenguas orientales Fernando Pinciano, Alonso de Zamora, Pedro Coronel, y Alonso el Médico.” (I, 6.ª, 49, 297)

En una nota a pie de página de la Carta Séptima alude Ponz a Francisco Solís, “Pintor erudito, como Palomino refiere en su vida (...) tuvo una Librería, y Estudio de Pintura, que se estimó en seis mil ducados. Es desgracia, que el libro que escribió de los eminentes Españoles en las tres Bellas Artes, y que los retratos, que para él mismo hacía grabar, se hayan perdido” (I, 7.ª, n. 312). No hemos podido localizar ninguna noticia posterior sobre la obra de este Solís.

El primer tomo se cierra con una alusión al Arzobispo don Bernardo que reconquistó la ciudad de Alcalá a los árabes y siendo él mismo francés consiguió, en un concilio celebrado en León, que se dejase de escribir en letra gótica y se introdujera la que Ponz llamaba escritura “francesa”, refiriéndose a la que la Paleografía conoce como “carolina” o “carolingia” (I, 7.ª, n. 320).

El segundo tomo está íntegramente dedicado a El Escorial, y no podía faltar en él una mención a su famosa biblioteca. Se hace una descripción completa de su decoración en la Carta Quinta para pasar después a una relación de los libros que contiene. Cita entre otros el “Códice Aureo”, escrito en caracteres de oro y muy bien conservado. También varios libros de dibujos y estampas, sobre todo de antigüedades romanas. La denominada “biblioteca baja” estaba destinada a los impresos, mientras que en la “alta” se conservaban los manuscritos, en número superior a cuatro mil trescientos: quinientos sesenta y siete griegos, sesenta y siete hebreos, más de ochocientos arábigos y mil ochocientos veinte latinos y de “lenguas vulgares”. Había muchos más antes del incendio de 1671 que afectó a otros que no se encontraban depositados en la biblioteca.

Menciona Ponz a continuación el catálogo que de los manuscritos arábigos publicó el arabista y bibliotecario Miguel Casiri, titulado “Biblioteca arábico-hispánica escurialensis” (Sarrail, 241).

Concluye con una relación de los contenidos y el origen de la biblioteca:

“El número de libros de todos géneros, que se guardan en estas bibliotecas, no sé que llegue todavía al de treinta mil. Tuvo principio la

dicha colección de la librería que tenía Felipe II en Palacio, y dió al Escorial; adonde fué á parar despues la de D. Diego Hurtado de Mendoza, la de D. Antonio Agustín, con su monetario. Del Obispo D. Pedro Ponce de León se recogieron muchos libros. Hay otros que fueron Ambrosio de Morales, de Juan Paez de Castro, de Arias Montano, que dió el pugilar usado de los hebreos, en que con algunas lecciones de la Santa Escritura acostumbraban escribir sus dueños otras cosas particulares”. (II, 5.^a, 18, 216)

Menciona por último “ciertas cortezas de árboles, en que escribían los antiguos” que se conservan en la biblioteca y a los profesores de las distintas lenguas que había en el Monasterio, hebrea, árabe y griega.

El tomo tercero del “Viage” contiene en su Carta Cuarta una referencia a la biblioteca del Marqués de Villena. Viene a propósito de la visita a Cuenca y la mención a don Lope Barrientos, persona de confianza del rey don Juan II y maestro de su hijo, el futuro Enrique IV. El Marqués era aficionado al ocultismo y la magia y el rey ordenó a don Lope quemar su biblioteca a su muerte. Así lo recoge Ponz de una obra titulada “Centón Epistolario” escrita por el bachiller Fernán Gómez de Cibda-Real, físico de don Juan II e impresa por Juan de Rey en Burgos en 1491. En ella se reproduce una carta del autor al poeta Juan de Mena:

“No le bastó á D. Enrique de Villena su saber para no morirse, ni tampoco le bastó ser tío del Rey, para no ser llamado por encantador. Ha venido al Rey el tanto de su muerte, é la conclusión que vos puedo dar será, que asaz D. Enrique era sabio de lo que á los otros cumplía, é nada supo en lo que le cumplía á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dexó, que al Rey le han traido; é porque diz que son mágicos, é de artes no cumplideras de leer, el Rey mandó que á la posada de Fray Lope de Barrientos fuesen llevados, é Fray Lope que mas se cura de andar del Principe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros, ca no lo vió el mas que el Rey de Marroccos, ni mas los entiende, que el Dean de Cidarodrigo, ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos haciendo á otros insipientes, é magos; é peor es que se fazan beatos haciendo á otros nigromantes. ¡Tan solo este denuesto no habia gustado del hado este bueno, é manífico Señor! Muchos otros libros de valía quedaron á Fray Lope, que no serán quemados, ni tornados. Si vuestra merced me manda una epístola para mostrar al Rey, para que yo pida á su señoría algunos libros de los de D. Enrique, para vos, sacaremos de pecado la ánima de Fray Lope, é la ánima de D. Enrique habrá gloria; ca no sea su heredero aquel que le ha metido en fama de brujo, é nigromante. Nuestro Señor, &c.” (III, 4.^a, 4, 92-93)

Juan de Mena, en la copla 126 del “Laberinto” dice lo siguiente de este asunto:

Aquel que tú ves estar contemplando
En el movimiento de tantas estrellas,
La fuerza, la orden, la obra de aquellas,
Que mide los cursos de cómo, y de cuándo,
Y ovo noticia filosofando
Del movedor, y los comovidos,
De fuego, de rayos, de son de tronidos,
Y supo las causas del mundo velando.

Aquel claro padre, aquel dulce fuente,
Aquel que en Castallo monte resuena,
Es D. Enrique, señor de Villena,
Honra de España, y del siglo presente.
O ínclito sabio, auctor muy sciente!
Otra, y aun otra vegada te lloro,
Porque Castilla perdió tal tesoro,
No conocido delante la gente.

Perdió los tus libros sin ser conocidos,
Y como en exéquias te fueron y a luego,
Unos metidos al avido fuego,
Y otros sin orden no bien repartido.
Cierto en Atenas los libros fingidos
Que de Protágoras se reprobaron
Con ceremonia mayor se quemaron
Quando al Senado le fueron leídos.
(III, 4.^a, 4, 93)

Ponz se lamenta de la quema de los libros de matemáticas del marqués “que hoy sería un argumento honroso si existiesen, para demostrar cuán antes que otras naciones llegó la nuestra á especular en las ciencias mas recónditas” (III, 4.^a, 6, n. 95). Cita, por otra parte, la publicación por la Biblioteca de El Escorial del “Arte del cuchillo” o “Arte cisoria”, la obra más conocida del Marqués.

En esta misma Carta Cuarta hay una mención a la práctica de la lectura en el siglo XVIII. Habla Ponz del pintor Antonio Pereda a propósito de una serie de cuadros religiosos y dice que fue “un profesor de gran mérito, y muy digno de ser imitado, aunque no en la total ignorancia en la materia de letras, pues no sabía leer ni escribir” (III, 4.^a, 16, 102), según lo escribe Antonio Palomino en sus “Vidas”. Sin embargo, según Ponz, “tenía una excelente colección de libros en varios idiomas, que para él todos serían lo mismo, si otro no se los leía, como yo creo que se los leerían, respecto de que era hombre de ingenio perspicaz, y de

una razón bien puesta". La lectura en voz alta, la única existente durante la Edad Media y que poco a poco había ido siendo desterrada por la publicación en serie de libros, era todavía frecuente en el siglo XVIII. No sorprende por tanto a Ponz que el pintor Pereda tuviera una colección de libros aunque no supiera leer. Suponía, como hemos visto, que otros se los leerían.

En la Carta Quinta de este tomo se menciona la biblioteca del nuevo seminario episcopal de Cuenca, incrementada por las de cinco casas de Jesuitas —desterrados por Carlos III— y a las que se habría de sumar la de don Alfonso Clemente de Aróstegui, donada al mismo. Aróstegui, muerto en 1774, era amigo de Ponz, pues estaba de Secretario de Embajada en Nápoles cuando él visitó las ruinas de Pompeya y Herculano. Fue quien convenció a Ponz de que no marchara a Oriente Medio llevado de su interés arqueológico y regresara a España para inventariar sus riquezas artísticas.

En esta misma carta se contienen noticias importantes sobre la imprenta en España. Ponz comienza lamentándose de que en Cuenca existían dos imprentas y en el momento en que el escribe ya no queda ninguna. Enumera a continuación a los impresores españoles más conocidos de los siglos XVI y XVII:

"...en Salamanca Juan de Junta, Pedro de Castro, Miguel Serrano de Vargas, y Juan Fernandez, desde el año 1540, hasta el 1600: en Alcalá Juan de Villanueva, Juan Gracian, Juan Sanchez Crespo: en Toledo Juan de Ayala, Pedro Rodriguez, N. Ferrer: en Medina del Campo Pedro de Castro, Francisco del Canto, Guillermo de Millos, Nicolás de Piamonte: en Valladolid Francisco Fernandez de Cordoba, Juan Godinez de Millis: en Madrid Francisco Sanchez, Luis Sanchez, Melchor Sanchez, Miguel Serrano de Vargas, Pedro Madrigal, Alonso Gomez, Thomas Junti, Juan de la Cuesta: en Granada Xanto, ó Santos de Nebrija, hijo del famoso escritor Antonio de Nebrija: en Burgos Juan de Junta: en Baeza Pedro de la Cuesta, y Juan de la Cuesta: en Zaragoza Pedro Bernuez, Juan Millán: en Sevilla Sebastián de Truxillo, Juan de León: en Valencia Juan de Mei, Pedro Patricio Mei; y otros en diversas partes de España, que imprimieron muy bien obras trabajadas por grandes escritores nacionales, y extrangeros, desde la mitad del siglo diez y seis, y aun antes, hasta la mitad del siglo diez y siete, en que todo fué decayendo desgraciadamente." (III, 5.^a, 8, 128-129)

La decadencia de las imprentas españolas en el siglo XVII había sido, en efecto, grande, limitándose la mayoría de los impresores a utilizar viejos almacenes de tipos traídos de los Países Bajos²⁹ una y otra vez hasta su deterioro definitivo.

²⁹ Véase en este sentido WILSON, Edward M., y CRUICKSHANK, Don W.: *Samuel Pepys's Spanish Plays*. Londres: The Biographical Society, 1980, 196 p. Los autores realizan un ras-

En el epigrafe siguiente Ponz cita a otros impresores anteriores a los que ha mencionado, como Jorge Coci, de Zaragoza, y Andrés de Portonariis, de Salamanca.

A continuación se refiere al "Salustio", de Ibarra, como ejemplo de buena edición. Se trata de la colección de *Obras* de Salustio traducidas por el infante don Gabriel, una de las ediciones más celebradas de Joaquín Ibarra.

Aborda a continuación la cuestión de la fundición de tipos en España. En 1766, en una obra sobre tipografía publicada en París por Fournier —el primero en unificar las medidas de los diferentes tipos mediante el denominado "punto Fournier— se afirmaba que en España sólo había dos fundiciones de tipos y que ambas se encontraban en Madrid: una pertenecía a los jesuitas y la obra había sido comprada no hacía mucho en Francia. Ponz desmiente estos extremos, pero confirma la existencia de los dos obradores citados en Madrid:

"Tenemos quien sabe á fondo cuál debe ser la proporción de toda clase de caracteres, particularmente después que se compraron en Flandes algunos juegos de matrices descabaladas, apreciables residuos de la incomparable Imprenta Plantiniana. Estos pocos juegos, ó clases de letras realmente los poseyeron los Jesuitas, y los habían dado en arrendamiento, por trescientos reales al año, al fundidor Josef Bertolaza. Ultimamente han venido á parar á la Real Biblioteca de S. M. pero por ser tan pocos, no podían dar nombre á un obrador de fundición, como supone Fournier. Harto mayor nombre tenía, y tiene el obrador de Bernardo Ortiz, que consta de muchos mas juegos de matrices, que los de Bertolaza, residuos asimismo del Plantino." (III, 5.^a, 12, 131-132)

Informa Ponz a continuación de cómo don Miguel de Aoiz, Secretario del Rey y de la carrera de interpretación de lenguas, compró en París en 1748, cuando estaba allí como Secretario de Embajada, varios juegos de matrices al fundidor de tipos Cottin.

Ponz se muestra partidario de imitar los tipos antiguos en lugar de crear nuevos. Menciona a Eudaldo Paradell, fundidor de tipos, catalán, que, paradójicamente, no sabía leer ni escribir. Paradell propuso la fabricación de matrices griegas, hebreas y árabes, al tiempo que presentaba cinco colecciones de tipos latinos (Sarrailh, 123). También menciona en este párrafo al calígrafo Palomares, cuya biblioteca se incorporó, como vimos, a la Biblioteca Pública de Toledo:

"Los Españoles quisieron tambien entrar á la parte en esta manioobra, y antes que Fournier escribiese su libro, ya habían dado al público sus

treo de los tipos utilizados en los "pliegos sueltos" que Pepys adquirió en Sevilla hasta su origen en los Países Bajos.

matrices algunos que hoy viven, y continúan en el empeño de completar sus clases. D. Eudaldo Paradell, y D. Antonio Espinosa hicieron ver lo mucho que puede la fuerza del propio ingenio, y aplicación. D. Gerónimo Antonio Gil, que entre otras de sus tareas, en que entiende con su incesante trabajo, como son el grabar sellos, medallas, y láminas, ha tomado con tal empeño el vencer quantas dificultades hay en las letras, que puede llamarse ya dueño de aquel espíritu de perfección, que en esta línea poseían los que hicieron los punzones, y matrices, que tanto lustre dieron á las ediciones de Christobal Plantino, y de los Elcebirios, consultando para ello á Don Francisco Palomares, y siguiendo las máximas, con que él mismo ha llegado á escribir toda suerte de letras, y caractéres con el acierto, é inteligencia, que es notoria. Tiene ya expresado Gil casi concluido un surtido de varios juegos de letras latinas, y orientales, en que se observa puntualmente la bondad, y perfección de las matrices, que los Flamencos, y Franceses nos vendieron, con la circunstancia de que todos los punzones están perfectamente acabados con el auxilio indispensable de los contrapunzones, valiéndose en la práctica de varios secretos, y observaciones concernientes al temple del acero, de que no habla Fournier en su Manual.

Finalmente, porque este autor moderno afirma, que en España no hay mas que dos obradores de fundición de letras, es debido, que sepan todos, que solo en Madrid hay quatro, y son el del expresado D. Gerónimo Gil, el de la viuda de Bernardo Ortiz, el de Paradell, y el de Aoiz. En Sevilla tiene su obrador de fundición, y va continuando con empeño en acabar sus juegos Don Antonio Espinosa, Grabador de aquella Real casa de moneda, y de mucha aplicación, y genio al grabado en fondo, y en láminas. En Barcelona tienen matrices los Padres Carmelitas Descalzos. En Toledo las tienen los Padres Dominicicos del caracter de Tortis. Tambien las hay en Valladolid en el monasterio de Padres de San Gerónimo; y en Zaragoza tiene matrices, y obrador de fundición Don Francisco Moreno. Igualmente las hay en el Real hospicio de San Fernando de esa Corte. En vista de todo lo que ya ve V. quán probada queda la nulidad del párrafo citado del fundidor Fournier en lo que habla de España." (III, 5.^a, 17-18, 133-5)

En este mismo tomo, y en la visita al monasterio de Uclés, Ponz reseña su "librería", de unos seis mil libros. Contenía, entre otros, los manuscritos griegos y latinos de don Martín de Ayala, arzobispo de Valencia.

El tomo cuarto contiene una mención escueta a la librería pública, "para comodidad de los literatos", establecida en el Convento e Iglesia de Trinitarios de Valencia (IV, 5.^a, 11, 100). En esa misma carta, a propósito de una polémica entre dos eruditos en pintura cita la colección de libros pertenecientes a las

Bellas Artes de don Felipe de Castro, "hoy en la librería de la Real Academia de S. Fernando" (IV, 5.^a, 34, n. 117). Poco después, hablando del Palacio Arzobispal, próximo a la Catedral, recoge la noticia de que se ha establecido en él una librería pública (IV, 6.^a, 30, 148). También la existencia de diversos molinos de papel en la Villa de Altura, junto a Segorbe (IV, 7.^a, 51, 191). Según Ponz, el papel se había encarecido mucho, por lo que recomendaba que se protegiera a los fabricantes.

El tomo está dedicado en gran parte a la ciudad de Valencia y no falta una alusión a la tradición impresora de la misma. Como es sabido, Valencia era en el siglo XV uno de los grandes centros comerciales del Mediterráneo y en ella se instalaron muy pronto impresores. Durante muchos años se ha considerado, por otra parte, que la primera obra impresa en la península fué el texto de "Obres o trobes en Lahors de la Verge María". Ponz dice también que "algunos han creído que en ninguna otra parte de España se hayan impreso libros anterior que en Valencia" (IV, 9.^a, 51, 259). Pero aduce para ello no las "Trobes", sino un "Salustio" de 1475. Aporta también en favor de esta hipótesis un diccionario latino titulado "Comprehensorium" en cuyo colofón se lee que se terminó de imprimir en Valencia el 23 de febrero de 1475, lo que hace suponer que la imprenta ya estaba introducida en Valencia en 1474. Hoy, sin embargo, goza de general aceptación la idea de que la primera obra impresa en España fue el "Sinodal de Aguilafuente" que contiene las actas de un sínodo celebrado en dicha localidad de la provincia de Segovia en los primeros días del mes de junio de 1472³⁰.

Pero Ponz no está muy interesado en la historia de la imprenta en lo que supone de enfrentamiento entre unas ciudades y otras por ver cuál fue la primera que tuvo prensas: "Lo que importa es que ahora se imprima bien, y que se impriman obras útiles" (IV, 9.^a, 53, 259). Por ello alude inmediatamente a Benito Monfort (1716-1785) uno de los grandes impresores del siglo XVIII, establecido en Valencia. Monfort se encuentra "surtido de todo género de letras, así de fuera del Reyno, como de los fundidores que hay en Madrid" (IV, 9.^a, 54, 259-260). A continuación, Ponz ofrece una relación de las obras que ha impreso o está imprimiendo: la "Retórica", de Arias Montano; la "Guerra de Granada", de Diego Hurtado de Mendoza; la Odisea y la Eneida, diversas obras de Cicerón, entre ellas el "De officiis"; "De los nombres de Cristo", de Fray Luis de León, y las "Partidas", de Alfonso X el Sabio³¹. Por último, se informa en esta carta de que en Valencia había nueve imprentas. En las "Adiciones" a la tercera edición de este cuarto tomo, Ponz señala que Monfort ya ha terminado la edi-

³⁰ Véase MILLARES CARLO, Agustín: *Historia del libro y de las bibliotecas*. México: FCE, 1971, 399 pp. (p. 101-112) y ESCOLAR SOBRINO, Hipólito: *Historia del libro*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1984, 524 p. (pp. 293-301). Cito esta última obra como Escobar, I.

³¹ Una relación completa de las obras impresas por Benito Monfort y Besades y sus sucesores se encuentra en RUIZ LASALA, Inocencio: *D. Benito Monfort y su Oficina Tipográfica (1757-1852)*. Zaragoza, 1974, 226 p.

ción de las obras que se encontraban en curso de realización durante la visita a la ciudad y añade una breve relación de las nuevas que está preparando. También, que se ha renovado la enseñanza en la Universidad Literaria de Valencia y que Francisco Pérez Bayer ha donado a la Biblioteca de la misma su “exquisita Librería” (IV, Adiciones, p. 293).

En el tomo V, dedicado a Madrid y que no tiene estructura epistolar —pues el supuesto corresponsal de Ponz reside en esta ciudad— hay una mención a los Estudios Reales de San Isidro, renovados por Real Decreto de 1770 y que se inauguraron solemnemente el 21 de octubre de 1771. En el Colegio, que había pertenecido a los Jesuitas hasta su expulsión, se estableció una biblioteca pública con dos bibliotecarios (V, 95). Al hablar de la Real Academia de la Historia, recién instalada en la Real Casa de la Panadería de Madrid, menciona su Biblioteca y colecciones, trasladadas al nuevo edificio (V, 135). Después de citar los manuscritos, medallas, diplomas, lápidas y dibujos de la Academia describe someramente sus objetivos:

“El objeto principal de la Academia es indagar los puntos mas difíciles, y oscuros de nuestra Historia por lo que respeta á la Cronología, y Geografía: en purgarla de las fábulas introducidas en ellas: en aclarar sucesos no bien averiguados, y en todo lo demas que tenga relación con dicho objeto” (V, 136).

Las páginas 163-166 de este tomo están dedicadas a la Real Biblioteca, que abrió sus puertas el 1 de marzo de 1712, aunque hasta 1716 no se redactaron el decreto funcional y los estatutos (Escolar, 337):

“Para principio de fundacion destinó los libros que existían en su Real Palacio, y otros pertenecientes á S. M., medallas, antigüedades, y cosas singulares, que conducian á este intento, nombrando un Bibliotecario Mayor, y destinando otras personas, que con él cuidasen de todo. Suplió el Rey de su bolsillo secreto los crecidos gastos que ocurrieron hasta el 1716, en que por Decreto de 26 de Enero dió á la Real Biblioteca constituciones para su gobierno, y la dotó competentemente, nombrando un Bibliotecario Mayor, quatro Bibliotecarios, quatro Escribientes, y otros individuos, que como criados de su Real Casa, le sirviesen allí, destinando tambien caudal para aumento de libros. Continuó en esta forma hasta el feliz arribo del Sr. Cárlos III á estos Reynos; quien no menos deseoso que su augusto Padre de promover las letras, afianzó dicho establecimiento, dándole nuevas constituciones, aumentando sus individuos, y tambien la dotacion, con el fin de asegurar su adelantamiento, y progresos.” (V, 163-164)

Se describen a continuación los fondos de la Biblioteca y algunas de las obras que van dando a la luz los bibliotecarios "en muestra de su desempeño":

"Con dichos principios, y medios tan favorables, ha llegado la Biblioteca á estado de poderse contar entre las insignes de Europa, así por el copioso, y escogido número de libros impresos, que pasa de cien mil, como de los manuscritos, y medallas; aumentándose cada día, mediante la munificencia de S. M. en enviar frecuentemente nuevas, y selectas obras para que se coloquen en ella, despues de haberla enriquecido con la numerosa, y apreciable librería del Cardenal Arquinto, que de su Real orden compró en Roma el Excelentísimo Sr. D. Manuel de Roda. Estimulados con tantos beneficios los individuos de la Biblioteca, y en muestra de su desempeño, han presentado á S. M. impresa la Biblioteca Árábico-Hispana Escurialense, y la Griega Matritense: obras la primera de D. Miguel Casiri; y la segunda de D. Juan Yriarte, ambos Bibliotecarios; y hoy se está preparando para la imprenta el segundo Tomo de la Biblioteca Griega, que dexó escrito el expresado D. Juan Yriarte, y se continúan otros trabajos, que por su calidad serán útiles al Público." (V. 164-165)

En conexión con la Real Biblioteca se habla también de la Imprenta Real, que habría de dar a conocer las obras de autores españoles. El mayor problema, como ya hemos visto, era la fabricación de matrices para poder disponer de los suficientes almacenes de tipo:

"Algunas obras de Escritores nacionales, que se habían hecho raras, se han impreso con el fin de irlas publicando. Se puede esperar mucho en esta línea, quando llegue á establecerse la Imprenta Real, como S. M. lo tiene determinado, y está próximo á verificarse, hallándose vencida la principal dificultad de matrices, que ha grabado con la mayor perfección Don Gerónimo Gil, cuyas muestras ha presentado á S. M. el Sr. Don Juan de Santander, actual Bibliotecario Mayor, que ha entendido de su Real orden en estos asuntos." (V, 165)

Entre los bibliotecarios de la Biblioteca Real cita Ponz a Juan de Santander, que redactó las nuevas constituciones de la Biblioteca aprobadas en 1761, y a Pérez Bayer, preceptor de los hijos del rey Carlos III y anotador de la reedición de la "Biblioteca Hispana" *vetus y nova*, de Nicolás Antonio. Trata a continuación de la Real Academia Española y de la edición del Quijote que se encontraba entonces en preparación.

En la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, en la calle ancha de San Bernardo, se conservaban los manuscritos de Luis de Salazar, helenista falle-

cido en 1734 (V, 188-189). En la biblioteca del monasterio de San Martín, las colecciones particulares del padre Sarmiento y de Francisco de Quevedo, “con notas suyas en las márgenes de algunos libros” (V, 218). En el convento de San Felipe en Real se encuentra la celda del padre Flórez, autor de la “España Sagrada”. La “librería de este convento es bastante copiosa” (V, 286). Por último, en casa del Duque de Medinaceli (el lugar que ocupa el hotel Palace actualmente en Madrid) había, abierta al público, otra librería (V, 314).

En el prólogo del tomo VI se hace otra mención al “Museo Herculanense”, la obra sobre las ruinas de Pompeya y Herculano que ya había sido citada en el primer tomo ²⁸. También se habla de las librerías particulares del Príncipe y los Infantes, situadas en Palacio (VI, 60-63). La del Infante don Luis se trasladó a su residencia de Arenas de San Pedro, recientemente derribada. En otra parte del volumen Ponz elogia la costumbre europea de hacer grabados de las obras pictóricas más notables, para que puedan disfrutar todos de ellas y quede algún testimonio en caso de incendio o destrucción accidental de las mismas. Se harían grandes progresos en este sentido con el establecimiento de la Calcografía Real, que Ponz no menciona.

Ponz suele aprovechar los prólogos a los distintos tomos para hacer diversas consideraciones más personales que las que se contienen en el cuerpo de los volúmenes. El prólogo del tomo VII hay una crítica a la falta de libros sobre Arquitectura y Bellas Artes en castellano y el escaso conocimiento de los publicados en lenguas extranjeras:

“No podemos negar la escasez de libros en nuestro idioma, que traten de las nobles Artes, y señaladamente de la Arquitectura, y aun es mas sensible ver los ayunos que están algunos que la profesan de lo poco que hay traducido, y en ningun empeño en dedicarse á una mediana inteligencia de las lenguas, en que están escritas las mejores producciones de ella, como son la Italiana, y Francesa. Aunque merezcan todo el aprecio los libros Españoles que tratan de dichas Artes, y pocos, para interesar á una nacion tan numerosa á que las mire con parcialidad, y reflexion.” (VII, p. XVI)

Ponz pretende en este sentido dar a conocer las obras extranjeras más importantes mediante traducciones, de forma que puedan mejorarse los conocimientos de los arquitectos y artistas españoles. Es en este sentido un europeísta convencido, partidario de romper el aislamiento cultural español e integrar a la península en las corrientes de pensamiento continentales. El mismo realizó un “Viage fuera de España” publicado en dos tomitos que continúan de alguna manera el “Viage de España” ³². En los párrafos siguientes Ponz da una bibliografía pormenorizada de obras extranjeras de Arquitectura, cuya traducción

³² PONZ, Antonio: *Viage fuera de España*. Madrid: Ibarra, 1785, 2 t.

considera necesaria para el progreso del buen gusto en nuestro país, y de libros españoles de la materia, poco conocidos en su opinión.

En las cercanías de Arenas de San Pedro, en Velada, visita el Palacio del Conde de Altamira, donde se encontraban depositados diversos papeles del Marqués de Astorga, don Antonio Pedro Alvarez Osorio. Allí le enseñan, entre otras cosas, un libro con aves disecadas y diversas figuras compuestas a base de plumas, hecho en Milán en 1618 (VII, 2.^a, 33, 39). También destaca la librería de un convento establecido en el pueblo, donada por el mismo Marqués de Astorga.

El prólogo del tomo octavo vuelve a dedicarse a la necesidad de estampar grabados representando los cuadros más importantes. Además de estar en curso de realización las pinturas del Casón del Buen Retiro, Ponz recoge el trabajo de Francisco de Goya consistente en los grabados al aguafuerte de las obras más notables de Velázquez de la colección real. También la obra de Manuel Salvador Carmona:

“Ultimamente vemos por las estampas, que el mayor número de pintores de primer orden se exercitó en grabar sus obras, ó las grabaron despues otros insignes artífices de la misma profesion, además de los esmeros con que el buril las ha perpetuado. España ha carecido casi totalmente de estos dos medios, con que comunicar al mundo, y ostentar sus tesoros de las bellas artes; pero gran esperanza debemos tener en el día, de que no se quedará atras de las demas naciones, mediante el número de grabadores que se va formando, y las luces últimamente esparcidas en esta línea por D. Manuel Salvador Carmona, y por D. Pedro Pasqual Moles, cuya habilidad, y progresos son notorios, como la de otros que siguen sus pisadas.”

(...) “Estas insinuaciones parecen suficientes por ahora respecto á la admirable arte del grabar. Sería mucha compasion, que supuesto va tomando algun cuerpo, se desviase de su verdadero camino, y se empleasen las fatigas en publicar obras ridículas, como tanto de ello se ha estado haciendo con mucho descrédito nuestro. La nacion está grandemente dispuesta para agradecer todo lo bueno: entrará en el gusto de las estampas: conocerá que las colecciones de las mismas son el complemento de las famosas librerías, como lo fué quando se formó la del Escorial, y un ramo muy importante de la erudición: oirán los grabadores sus elogios, y lograrán seguramente la recompensa de sus sudores.” (VIII, p. IV-V)

El tomo IX contiene una mención al Bibliotecario de su Majestad Tomás Sánchez, que había traducido una lápida funeraria de la catedral de Sevilla, y otra a Miguel Casiri, el autor de la “Biblioteca Árábigo-Escorialense” (IX, 1.^a, 54-55, 33-34). Se alude también a la colección de más de cien libros para el can-

to de la catedral de Sevilla, “algunos con pinturas de un célebre Miniador llamado D. Julio Sabio” (IX, 1.^a, 65, 40). También a la biblioteca de la misma:

“La librería de la Santa Iglesia merece consideración. Está situada sobre una de las naves del Templo, llamada del *Lagarto*. Tenía en sus estantes al pie de veinte mil cuerpos de libros, que dexó D. Fernando Colón, cuyo sepulcro esta en el suelo del tempo detrás del coro (...) (IX, 2.^a, 35, 69)

Hernando Colón reunió, en efecto, a lo largo de sus viajes por Italia, Flandes y Alemania una buena colección de libros. Era hijo natural de Cristóbal Colón y residió siempre en Sevilla. Construyó su vivienda en las orillas del Guadalquivir, con un lugar específico para los libros. Concebía su biblioteca como un lugar de trabajo más que un almacén y preparó para ello una serie de elementos auxiliares: un índice alfabético de autores, otro ordenado por materias y un epitome o repertorio con lo más interesante de cada materia. A ello se añadía otro repertorio de “proposiciones ordenadas por el alfabeto” en el que se recogieran los autores y las partes de sus obras que habían tratado de cada cuestión (Escolar, 246). Colón anotaba todos los datos de sus viajes en unos cuadernos que en tiempo de Ponz —y aun un siglo antes— ya no podían leerse aunque se conservaban. Su biblioteca pasó a la Catedral tras diversas peripecias —se la dejó a un sobrino que renunció a la herencia— y muchos ejemplares fueron sustraídos, aunque en la época en que la visitó Ponz estaba bien cuidada:

“...el qual (un cronista de Sevilla) a propósito de la librería se queja de que *permanecía despojo del tiempo, más olvidada, y menos freqüentada que le quiso su dueño, difícil de gozar, y fácil de consumirse*. Ahora entiendo que es muy otra cosa, mediante el zelo, instrucción, y de quien le cuida.” (IX, 2.^a, 37, 71)

Al describir el convento de Mercedarios Calzados de Sevilla menciona la Librería, “donde se encuentran cosas estimables” (IX, 3.^a, 49, 108). Al hablar del barrio de Triana describe algunos de los fondos de la librería de la Cartuja de las Cuevas:

“(...) en ella se encuentran preciosos manuscritos, entre ellos una Crónica de S. Isidoro, y su continuación por D. Lucas de Toy, en castellano, hasta el casamiento del Rey D. Alfonso, hijo de S. Fernando. Otra de D. Juan el II, que se halló en la Cámara de la Reyna Doña Isabel su hija, por Alvar García de Santa María, dividida en dos tomos. Otra de Enrique IV, por su Cronista Diego Enríquez. Otra de los Reyes de

España por el Arzobispo D. Rodrigo, que fué como los más de estos manuscritos de la Librería del Marqués de Tarifa. Genealogía de los Reyes de España, y proposición del Obispo de Burgos D. Alfonso de Cartagena en el Concilio de Basilea, sobre la preeminencia del Rey de España sobre el de Inglaterra, y suma de las Crónicas de España. Defensa del Papa Benedicto XIII en el gran cisma por los años de 1410, en latín, *Annales gestorum Hispaniarum, tempore Henrici Regis, ab Alfonso Palentino*. Libro de la vida del bienaventurado Séneca en castellano, y de las siete Artes liberales, y de amonestamientos, Décadas de Tito Livio en romance. El libro de Montería del Rey D. Alonso el XI que fué del uso de los Reyes Católicos D. Fernando, y Doña Isabel. Está lleno de pinturas, que manifiestan los trages del Rey, y de su Corte, como tambien los arreos de la caza.” (IX, 5.^a, 28, 154-155)

La última carta de este tomo IX contiene una mención a la Librería particular de don Francisco de Bruno, Decano de la Audiencia de Sevilla y Teniente de Alcalá de los Reales Alcázares (IX, IX, 10, 274).

Al recordar al Cardenal Jiménez de Cisneros en el tomo X Ponz vuelve a situar en lugar destacado entre sus obras el impulso dado para la impresión de la Biblia Complutense (X, 3.^a, 36, 53). Cita luego diversas poesías del Marqués de Santillana, así como las “noticias que ha dado de su vida el Sr. D. Thomas Sánchez, Bibliotecario de S. M. en el principio del primer tomo de su colección de poesías anteriores al siglo XV” (X, 3.^a, n. 67).

En el tomo decimoprimeros se destaca la biblioteca del Colegio Mayor de Santa Cruz, en Valladolid (XI, 4.^a, 26, 124). También se produce una nueva alusión al bibliotecario Tomás Sánchez, que había incluido en su libro el Poema del Cid (XI, 6.^a, 14, 202). En esta misma carta, al describir las riquezas artísticas de la iglesia de San Isidoro en León cita la librería “por los preciosos manuscritos que contiene, de que ya habló Ambrosio de Morales en su *Viage Santo*” (XI, 6.^a, 53, 235). Le fueron suministradas noticias de los códices de la misma por don Francismo Cerdá, bibliotecario y anotador de diversas ediciones de clásicos (Escolar, I, 422-425). Entre estos figuraban uno del “Fuero Juzgo”, otro del siglo XII conteniendo las crónicas de diversos reyes y una Biblia en vitela.

El tomo XII incluye una descripción de los monumentos más importantes de Medina del Campo. “Sus imprentas ya no existen hace siglos, ni la memoria de los impresores que aquí hubo, es a saber, Pedro de Castro, Francisco del Canto, Guillermo de Millis, y Nicolás de Piamonte”, escribe Ponz (XII, 5.^a, 82, 165). En Salamanca habla de la biblioteca de la Universidad:

“La Biblioteca es pieza grandes, y muy copiosa, con habérsele juntado los libros de la que tuvieron los Jesuitas. Muchos de los antiguos impresos, y manuscritos perecieron en el hundimiento de tiempos pasados. Nos tendría ahora el Vago Italiano tanto por qué murmurar

de esta colección, como quando estuvo en Salamanca en 1755. (...) (...) No sé cómo estaría provista la Biblioteca quando la vió este Escritor; pero sé que al presente se halla enriquecida de las mas excelentes obras modernas.” (XII, 6.^a, 42-44, 196-197)

En esta carta, a propósito de la decadencia de la Universidad de Salamanca hay una mención a las “Acta Eruditorum” de Leipzig, una de las publicaciones que con el “Journal des Sçavants” y las “Philosophical Transactions” recogía noticias y reseñas de los avances científicos (XII, 6.^a, 69, 213). Poco después se habla del precio de la librería original de la Universidad, que para Ponz es un dato irrelevante.

En Sigüenza, ya en el tomo XIII, menciona la biblioteca del Palacio Arzobispal, “librería de obras de todas clases con raros manuscritos. Entre las famosas colecciones de todo género de obras, y de las mejores ediciones, se encuentran casi todas las que tratan de medallas antiguas... (XIII, 1.^a, 66, 30). El Vago Italiano” al pasar por la misma población critica la librería del Colegio de San Antonio por no encontrar en ella “las Obras de Neuton, de Descartes, del Galileo, del Malebranche, del Petabio &c.” (XIII, 1.^a, 80, 35). Ponz le replica que tampoco abundan los libros de estos autores en Italia y menos en poblaciones tan pequeñas como Sigüenza.

Del monasterio de Santa María de Huerta destaca en su descripción la biblioteca:

“Si la Biblioteca se conservase en el estado antiguo; quiero decir, si se conservasen en ella todos los manuscritos que dexó el Arzobispo Don Rodrigo, sería sin duda una de las cosas mas raras, y singulares de España es esta linea. Ha habido grandes trabajos con motivo de guerras, de las quales fué muchas veces teatro esta frontera entre los Reyes de Castilla, y Aragón; y aun en la de principio de este siglo, con motivo de la sucesión, me aseguran que quitáron preciosos manuscritos. Tambien hay memoria de un incendio, en el qual se abrasáron otros muchos.

Se conservan en uno de los armarios con separación algunos que fueron de aquel Prelado, que me parece llegarán á tres docenas. En lo poco que los ojeé hallé de Santos Padres, de Poetas, de Oficios Divinos, de Historia de España con una dedicación á San Fernando, que comienza, *Incipit Historia Gotica*, y acaba con la toma de Córdoba. En fin hay otros grandes volúmenes de asuntos sagrados, y profanos regiamente enquadernados, que el preciso omitir por la brevedad. La pieza de la Biblioteca es suntuosa, y no faltan en ella algunas buenas obras modernas.” (XIII, 3.^a, 50-51, 76-77)

En Calatayud menciona los “cuatro o cinco manuscritos” que había en el Colegio de los Jesuitas dedicados a la historia local (XIII, 3.^a, 69, 85). En

Teruel habla de la librería particular de don Joaquín Ibañes García, al que había conocido en Nápoles y que era muy aficionado a las antigüedades (XIII, 4.^a, 70, 120). En Tarragona, la biblioteca particular de don Ramón Foguet, canónigo (XIII, 6.^a, 66, 188).

El tomo XIV trata de Cataluña. La iglesia de Santa Catarina, de los dominicos, disponía en Barcelona de una abundante biblioteca pública (XIV, 1.^a, 44, 21). El Archivo de la Corona de Aragón se acababa de trasladar al edificio de la Diputación (XIV, 1.^a, 72, 34). Hay una alusión al grabador Manuel Salvador Carmona, citado ya en el prólogo del tomo octavo, casado con una hija del pintor Antonio Rafael Mengs (XIV, 2.^a, 11, 53). A propósito de Mengs habla de José Nicolás de Azara ¹⁷, el ilustrado aragonés que había adquirido cerca de cincuenta obras del pintor. Poseía, además, “una completa colección de los Autores clásicos en sus mejores ediciones.” En la carta tercera menciona de nuevo la biblioteca pública de los Dominicos en Barcelona (XIV, 3.^a, 3, 87). En Gerona, en la casa que fue de los Jesuitas, encuentra otra biblioteca pública (XIV, 3.^a, 45, 111). Del monasterio de Montserrat destaca la librería de libros para el canto, con miniaturas (XIV, 3.^a, 70, 123). Al pasar por Capellades, en las proximidades de Igualada (Barcelona) da algunos datos sobre los molinos de papel de la localidad:

“Esta industria ha crecido increíblemente en pocos años. En el de 1775 solo se contaban en Cataluña ochenta y seis fábricas de papel corrientes, y veinte y tres paradas. En el de 1777 ya había ciento y doce en continuo ejercicio; en el de 1785 llegaban á ciento y sesenta; y en el día irán corrientes otras tantas. Se puede hacer el cálculo de que entre todas fabrican unas quatrocientas y ochenta mil resmas de papel, que, atendidas sus diferentes calidades, y un precio moderado, valdrá al año un millón de pesos, y se gastarán en dicha manufactura sesenta mil quintales de trapo.” (XIV, 8.^a, n. 134)

En Solsona habla de la sala que se ha destinado en la Catedral para Biblioteca pública (XIV, 4.^a, 33, 146).

La biblioteca del Convento de Santa Engracia, en Zaragoza, “tuvo mucho crédito, y a ella dicen que solía retirarse el célebre Zurita para escribir su historia de Aragón” (XV, 2.^a, 12, 48). Una descripción más detallada se da de la Biblioteca del Convento de San Ildefonso, de los Dominicos:

“Lo mas notable que hay aquí es la famosa Biblioteca pública que el Marqués de la Compuesta puso al cuidado de los PP. Dominicos. Me aseguraron que constaba de diez y seis mil libros impresos, y de dos mil manuscritos. El Vago Italiano tacha en ella la falta de muchas obras modernas, y no repara en decir, que se ignoraban hasta los

nombres de los autores de estas. ¿Iria por ventura á examinar á los Bibliotecarios?” (XV, 2.^a, 21, 53)

Al Real Seminario de San Carlos, de Zaragoza, antigua casa de Jesuitas, se destina la librería de Don Manuel de Roda, Secretario de Estado de S. M. y del Despacho de Gracia y Justicia (XV, 2.^a, 34, 61).

El tomo XVI, dedicado a Andalucía, fue escrito por Ponz después del paréntesis que supuso su nombramiento como Secretario de la Real Academia de San Fernando en 1776, que le mantuvo alejado de sus viajes durante varios años. Cita en él, al hablar de Granada, a San Pedro Pasqual, religioso de la Orden de la Merced que escribió diversas obras cuyos manuscritos se encuentran en la Biblioteca del Escorial:

“...una Biblia pequeña, la Glosa del *Pater noster*, otra para probar que Dios es Trino y Uno: otra obra contra los que afirman que hay hados y venturas, horas menguadas, y que el nacimiento de los hombres está sujeto a Signos y Planetas: otra intitulada *Vita Christi*; y últimamente una oración que empieza: *O principium sine principio*. Escribió también un libro sobre la secta de Mahoma...” (XVI, 5.^a, 33, 239)

En Córdoba destaca la Biblioteca, que cree pública, del Colegio y Casa de Estudios de San Pablo, de los Dominicos (XVII, 2.^a, 30, 51). La carta quinta de este mismo tomo XVII está dedicada a noticias de Sevilla, que se añaden a las publicadas en el tomo IX. No falta una descripción de la nueva instalación del Archivo de Indias:

“Una de las que mas me han gustado ha sido el noble y utilísimo destino que se le ha dado al insigne edificio de la lonja, obra de Juan de Herrera que ya se podía decir dexada en abandono, y condenada á su ruina: vea V. por que camino ha logrado su reintegracion y nuevo esplendor.

En consideración á que los papeles antiguos de Indias estaban dispersos y confusos en varios Archivos y Oficinas, resolvió el Rey en 1783 que se estableciese un Archivo general de todos ellos en la Casa-lonja de Sevilla. Don Juan Bautista Muñoz que, como Comisionado por S.M. para escribir la Historia de aquellos dominios, habia reconocido dichos papeles, y promovido la idea de atender á su recoleccion; autorizado con Reales órdenes dispuso la reduccion de aquel magnifico edificio á su primitivo ser: luego con arreglo á sus instrucciones dispuso lo demas.

(...) Con igual espíritu se ha mirado lo formal de la obra, y lo que es de mayor importancia. Se ha establecido una Oficina bien dotada, con

su Xefe y quatro Oficiales, Portero, &c., y ahora se añaden un Comisionado de S. M., tres Oficiales mayores Supernumerarios y un Escribiente, para que unidos tantos brazos ordenen y reduzcan á inventario é indices metódicos la grande colección de papeles que allí se han transferido del Archivo de Simancas, del de la Audiencia (que era de Contratación), del de Supremo Consejo de Indias, sus Secretarías, Escribanía y Contaduría General; y últimamente se ha dado complemento á esta importante obra, con las Reales ordenanzas dispuestas con todo conocimiento, y publicadas en Madrid en 1790. Vea V. por que camino, y con que destino tan noble é importante ha resucitado la famosa Lonja de Sevilla.” (XVII, 5.^a, 3-5, 213-215)

También cita de nuevo a don Francisco de Bruna, su protector en Sevilla, que había aumentado sus colecciones desde su última visita (XVII, 5.^a, 6, 216). El tomo XVIII no contiene menciones a los asuntos que nos han interesado es este trabajo.

CONCLUSIONES

Como se ha podido comprobar, de una lectura atenta del “Viage de España” se pueden obtener algunos datos sobre el papel que Antonio Ponz y los ilustrados en general daba al libro y las bibliotecas para el desarrollo de sus ideas, así como sobre la situación de los mismos en el siglo XVIII.

Aun tratándose de una obra dedicada fundamentalmente a recoger las riquezas artísticas de la península, el *Viage* no pasa por alto las “librerías” o bibliotecas, privadas o públicas, pero sobre todo éstas últimas:

— Ponz recoge la existencia de una o varias “bibliotecas públicas” en casi todas las ciudades importantes que visita (Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Tarragona, Gerona, etcétera).

— Conoce a los nuevos impresores (Monfort en Valencia, Sancha e Ibarra en Madrid). Este último es el que se ocupa de la edición del “Viage”.

— Sigue atentamente el desarrollo de la tipografía en España como medio para disponer de una imprenta nacional autónoma. Describe las matrices de que se dispone en Madrid y Sevilla.

— Se muestra preocupado por la producción de papel nacional para evitar las importaciones y la dependencia del extranjero.

Antonio Ponz era un “ilustrado”, conocedor de las “Gacetas” y de los autores que estaban transformando la ciencia y la cultura en el siglo XVIII. Era consciente de que la difusión de estas ideas precisaba de dos instrumentos: por una parte, de la existencia de “librerías” que pusieran las obras al alcance de sus coetáneos. El mecenazgo privado era en su época una fuente importante de apoyo a la cultura y las Bellas Artes. Las colecciones particulares estaban a

disposición de los “ilustrados”. Las bibliotecas públicas eran además medios de educación para el conjunto de la población, aunque los índices de alfabetización no permitían un uso muy generalizado de las mismas. Los grabados de las grandes obras artísticas eran contemplados como otro de los grandes medios de difusión de la cultura.

Ponz pertenecía a la minoría selecta que quería incorporar a España a las grandes corrientes europeas, pero sin que ello supusiera pérdida o menoscabo del carácter nacional. La invasión napoleónica terminaría con estas expectativas al dividir a los españoles en afrancesados o reaccionarios. Pero el intento reformador del siglo XVIII no debe quedar olvidado por tratarse de uno de los momentos cruciales en la historia de España. Porque los ilustrados pretendían no sólo dirigir la nación en un sentido u otro, como se ha señalado en ocasiones, sino también difundir sus ideas entre las clases populares hasta que llegaran a constituir un fermento de progreso para la sociedad y el país. Como escribe el mismo Ponz respecto a su propia obra “Hay ciertos libros que, publicados una sola vez, se quedan entre pocas manos, y estas suelen ser de los que compran por curiosidad lo que se publica de nuevo; pero de ciertos tratados se debían repetir continuamente las ediciones, hasta repartirlas con autoridad del Gobierno por toda la nación. Las tinieblas son muchas, y el sueño muy profundo: es menester que las luces se renueven y difundan por todas partes es preciso repetir los gritos una y muchas veces, quando á las primeras llamadas no despierta el soñoliento.” (XVII, 3.^a, 85, 144)